



QUINTO DOMINGO DE PASCUA

“Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto”

Luis Fernando Crespo

No dejes de leer los Textos Bíblicos antes del comentario

Lecturas: Hechos 9,26-31; 1Carta de Juan 3,18-24; Juan 15, 1-8

Continuamos con las lecturas tomadas de los mismos escritos de los domingos anteriores, El texto de los Hechos de los Apóstoles nos ofrece un pequeño paréntesis respecto a los relatos de los domingos anteriores y de los siguientes centrados en la actividad y predicación de Pedro. En el capítulo 9, que comienza con la conversión de Saulo, perseguidor de los cristianos, en el camino de Damasco, se nos cuenta su primera visita a Jerusalén en la que tuvo que vencer las resistencias y desconfianza de aquella comunidad, que sólo sabía de su hostilidad hacia los seguidores de Jesús. A partir del capítulo 13, Pablo será el principal protagonista: sus viajes y predicación para establecer y sostener nuevas comunidades, La lectura de este domingo termina con una presentación muy optimista de las primeras comunidades, que crecían y progresaban “llenas de la consolación del Espíritu Santo”. Por el mismo libro de los Hechos y por las cartas de Pablo sabemos también de sus dificultades y tensiones internas y, por la historia, de sus conflictos y persecución por parte del judaísmo y del Imperio romano. Quizá por eso se explicita lo de la “consolación del Espíritu Santo”, su aliento y su apoyo que también necesitamos y experimentamos hoy.

La lectura del evangelio es bien conocida. Así como la del “pastor” del domingo anterior, la imagen de la “vid” recoge también remembranzas del Primer Testamento, con algunas precisiones nuevas. Isaías 5,1-7 -pero también otros muchos- designa al pueblo de Israel como la viña plantada y bien cuidada por Dios. El tono del texto

* Ciclo B.

es de reproche por la falta de respuesta: “Y esperó que diera uvas y dio agraces”. Lo mismo respecto del pueblo: “Esperaba de ellos justicia y hay iniquidad. Honradez y hay alaridos”. Jesús, en sus últimos días en Jerusalén, retoma la imagen en forma de parábola para lamentar la falta de reconocimiento y acogida a su misión por parte de las autoridades religiosas (ver Mat. 21,33-41).

En las palabras de Jesús, en el contexto del ambiente confidencial de la última Cena, encontramos acentos nuevos. Se mantiene la idea de Dios como “el viñador”, pero se habla propiamente de la “vid”, no de la “viña”. Y sobre todo, la vid es el mismo Jesús y sus discípulos. Se acentúa la imagen de la relación (unión) de los sarmientos (los discípulos) con la vid (Jesús) y los “frutos” que han de dar en relación directa con la unión que mantengan con la vid.

“Permanezcan en mí, como yo en ustedes” son las palabras centrales que Jesús dirige a sus discípulos. Intentan expresar una relación más íntima y profunda que la de discípulos con su Maestro. Como los sarmientos que viven y dan fruto porque están unidos y son parte de la misma vid, así Jesús entiende y propone la relación vital de sus discípulos con él. Como en la comparación sugerida, es la misma sabia de la vid la que da vida y produce frutos en los sarmientos, así anuncia Jesús que ha de ser la de los discípulos con él. Es una identificación con el sentido con el que Jesús vivió, con sus sentimientos, proyecto y estilo de vida, con sus opciones y prioridades, con su fidelidad a la voluntad del Padre y su entrega por la vida y dignidad de los pobres e insignificantes. Mirando con mayor atención a la imagen de la vid y los sarmientos, es dejar que la vida de Jesús vivifique, anime y oriente nuestro sentido de vida, nuestros criterios y actividad: “como yo (permanezco) en ustedes”. Podríamos definirlo como la dimensión mística de toda vida cristiana. Ofrece una mayor hondura espiritual al “seguimiento” como condición del discipulado: seguir a Jesús significa más bien dejar vivir a Jesús en nuestras vidas. El apóstol Pablo logró expresarlo con gran transparencia cuando confesó en la carta los Gálatas: “ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Esta vida en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gal.2,20). Este mantenerse unidos a Cristo Jesús lo experimentamos y fortalecemos en la oración, en los sacramentos, en el contacto con la Palabra, en el amor solidario y liberador a los pobres.

Dejar que el espíritu de Jesús viva y se exprese en nosotros es sumamente comprometedor: amar como Jesús, ser fieles a la voluntad del Padre y servir a la causa de los más débiles como Jesús, conlleva una disponibilidad y entrega como la de Jesús. Concretarlo en la práctica personal y comunitaria son los “frutos” que se reclaman de los discípulos (sarmientos). Y lo que se espera es “que den mucho fruto”, en contraste con una cierta mediocridad -en el amor y la entrega- con la que frecuentemente nos conformamos. El fruto del amor y del servicio a los demás es la vida más plena, especialmente de los que sufren la desigualdad y la indiferencia. Por eso la urgencia evangélica de “dar mucho fruto”. Lo que lleva a comprender que a veces “mi Padre” -el viñador- “lo limpia para que dé más fruto”. Podrían ser las circunstancias o situaciones adversas que afectan a la comunidad y a la humanidad, las que hacen reflexionar y “limpiar” actitudes mediocres o hasta opuestas al evangelio para “que den más fruto”. Podríamos preguntarnos cómo la crisis producida por la pandemia nos exige “limpiar” tantas adherencias de mediocridad y de indiferencia ante la situación de desigualdad

y olvido en que hemos mantenido abandonadas a personas y comunidades alejadas. Una exigencia de revisión y de conversión personal y un criterio de discernimiento a la hora de tomar decisiones más políticas.

La lectura de la Primera Carta de Juan condensa en dos frases precisas el sentido de la vida "cristiana": "que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros según el mandamiento que nos dio". En realidad, expresan dos aspectos inseparables que mutuamente se reclaman. Y, para cortar de raíz todo intento de escapismo espiritualista, las primeras líneas de la lectura advierten con claridad: "Hijos míos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con obras y según la verdad". Es decir, según la verdad de la necesidad y dignidad de las personas a las que se dice amar. Buena advertencia frente a estilos y dádivas paternalistas que, si bien pueden aliviar una necesidad, resultan humillantes o desmovilizadoras para quien las recibe.

El tiempo de Pascua es tiempo propicio para revitalizar la fe y la presencia del Resucitado en la comunidad eclesial y en cada uno de nosotros, para ser testigos de la esperanza que se abrió para la humanidad en su victoria sobre la muerte y para "limpiar" nuestra mediocridad en el amor solidario y liberador hacia las personas que, olvidadas y postergadas, anhelan y tienen el derecho a ser reconocidas, escuchadas y tomadas verdaderamente en cuenta.